

cidad y su fuerza, y la presión de la mano de Liliás se fué alojando insensiblemente.

Los miembros del moribundo se alargaron, y sus labios se removieron con algunos movimientos convulsivos como si hubiesen querido articular algunos sonidos...

La noche extendió su negro manto por completo, y el ángel de la muerte entró en aquel aposento para llevarse su víctima.

XLIV

BLANCA.

En otro cuarto de enfermo que conocen ya nuestros lectores, pasaba una escena bien diferente: allí todo era contento, todo dicha.

Elena no se cansaba de abrazar á la Pippione, ¡á su hija! y esta devolvía con usura sus caricias á aquella madre hallada milagrosamente. Era entre ellas dos una continua repetición de risas, de lágrimas de alegría, de besos.

Le hacia repetir á su hija muchas veces al día la historia de sus trabajos y miserias, cuya relación provocaba nuevas demostraciones de ternura y cariño.

Y cuando su hija concluía, le contaba ella á su vez á esta sus congojas y sus esperanzas continua y alternativamente concebidas, perdidas y renacidas.

Y la conclusión de todos estos trasportes era hacer mil proyectos, diciendo al fin:

— Cuando tú estés completamente curada...

La dicha, en efecto, producía un maravilloso efecto: la Pippione se restablecía á vista de ojo, y continuando así, dentro de algunas semanas podría levantarse y dar sus paseos por el cuarto, apoyada en el brazo de su madre.

Luego, á la primavera, que no tardaría en venir con sus flores, con sus mariposas, con los alegres gorjeos de los pajarillos y con sus embalsamadas y templadas brisas, se irían á la campiña, á algun sitio delicioso, cuidadosamente escogido, en donde estarían solitas y entregadas exclusivamente la una á la otra para desquitar de esta manera y compensar el largo tiempo que habían estado separadas.

Aquella grave y severa condesa de Monte-Cristo abandonaba su aire y maneras de sibila y de profetisa, se hacia niña al lado de su hija, y sabía volver á encontrar aquellos mimos y caricias que solo una madre tiene para sus hijos.

Por las noches, se levantaba y se estaba medio desnuda durante horas enteras, casi sin respirar por no hacer ruido y despertarla, contemplando el sueño candoroso y tranquilo de aquella niña.

Cuando se hallaba fuera y no estaba cerca de ella, se sentía asaltada de mil temores extraños y caprichosas ideas.

— ¿Si estaré yo loca? se decía; ¿si esta dicha que gozo no será mas que una ilusión de mi espíritu, y esta hija que yo creo haber encontrado no existiese realmente?

Y en seguida se volvía corriendo á casa para abrazar á Blanca y estar segura de que existía y de su dicha.

Después volvería el invierno, y continuando madre é hija haciendo proyectos para el porvenir, se comunicaban mutuamente sus pensamientos y deseos.

La Pippione, que no había conocido del invierno mas que sus frios, sus hielos y nieves, sus lluvias y vientos, todo lo que tiene, en fin, de horrible para los pobres y los desgraciados, conocería los agrados y encantos que tiene esta estación para los dichosos y los ricos.

Ella, que se recordaba con terror aquellos días pasados á la intemperie y cubierta solamente con andrajos y con los piés descalzos, las hambres que había pasado y los terrores de su solitaria y triste bohardilla, conocería los grandes salones alfombrados, las grandes chimeneas en donde chisporrotea un fuego brillante y vivo, los paseos en un carruaje cómodo y bien cerrado y abrigada con una piel de oso echada sobre sus rodillas.

Otras veces envuelta en abrigos de pieles, con las manos metidas en un manguito de marta-cibulina, disfrutaría el placer de pasear en trineo sobre el hielo para experimentar el delicioso goce que resulta de sufrir un poco de frio por el placer mayor que se siente con el contraste opuesto del calor del fuego.

Y así como las noches de invierno eran largas y tristes para la Pippione, que pasaba una gran parte de ellas extendiendo su mano vergonzosamente para recibir una limosna de algun corazón caritativo, Blanca las pasaría en los teatros y en las fiestas oyendo una música sublime, ó en medio de otras mujeres cubiertas de flores y de joyas, disfrutando de los placeres que proporcionan el poder y la fortuna.

Y á la que no había conocido hasta entonces mas que las groseras palabras de Chinela, los golpes que la daba la Monna Feretti y los insultantes y despreciativos dicharachos de la plebe, se la dirían las palabras mas obsequiosas y finas, se le harían los mas delicados cumplidos, y los admiradores de su belleza y elegancia se agruparían á su alrededor para revolotear, como las mariposas en torno de un reverbero. Los hombres la amarían, y los poetas compondrían versos en su honor para celebrar sus gracias y perfecciones.

Para esta transformación no era necesario mas que algunos cuantos meses y el concurso de algunos maestros.

Era menester que Blanca pagase los largos padecimientos de Elena por medio de todas las satisfacciones posibles, satisfacción del corazón, satisfacción del orgullo.

La condesa de Monte-Cristo quería que Blanca fuese la mas graciosa, la de mayor talento, así como era la mas hermosa y la mas rica.

Por eso ¡con qué esmero no cuidaba á aquella convaleciente tan querida!

Aun cuando no se había escatimado nada para la Pippione, sin embargo, no era lo mismo ahora que se trataba de Blanca.

Elena había hecho trasladar su cama al cuarto mismo de su hija, y con el mas insignificante motivo se enviaba á llamar al doctor Ozam, que acudía en seguida.

La Pippione se dejaba mimar con una alegría indolente y llena de encantos. Saboreaba de un golpe todas las caricias de que había estado privada en su infancia.

Así como Elena se apresuraba en mostrarse madre, así la tierna niña se apresuraba en ser hija, y se hacia niña, todo lo mas niña que podía, para gozar de aquellos mimos.

El doctor Ozam tenía razón: no era á él á quien debía atribuirse el mérito de aquella curación maravillosa, sino á la condesa Elena y tambien algo á José.

A este y al doctor Ozam eran los únicos á quienes la condesa permitía entrar en aquel cuarto bienaventurado, en donde ella guardaba su tesoro, su hija, que no perdía un momento de vista.

Llegaría un día, sin embargo, — y en esto el egoismo maternal de Elena pensaba con amargura algunas veces, — llegaría un día en que, cuando la Pippione se hallase completamente restablecida, sería preciso exponerla á las miradas de todos.

¡Ay! llegaría tambien otro día — día cruel — en que, de aquel corazón que ella poseía hoy entero, no llegaría sino á ocupar la mitad de él.

Porque ese día, que es á la vez el tormento y la alegría de las madres, llega necesariamente; día en que las mejillas nacaradas de la doncella inocente se ruborizan y se cubren de un encarnado vivo, en que su seno palpita sin un motivo aparente, y en que la boca cándida pronuncia palabras incoherentes y responde á las madres inquietas que preguntan, diciéndole:

— Mamá, yo no sé lo que tengo.

Pero no; aun el amor maternal mismo no es ni puede ser enteramente egoista.

Casi desde el momento en que Elena hubo descubierto en ella ese mal sentimiento, se arrepintió de él como de un crimen, y se dijo:

— Es menester sofocarlo.

¿Podía ella poner un solo momento en la balanza su dicha y la de su hija?

Ser dichoso es vivir. Es hacer vibrar nota por nota la escala mas completa posible de los sentimientos humanos.

Los corazones mas vivos en impresiones diversas corren mas riesgos de sufrir, es verdad, pero sus goces y su felicidad son mas vivos.

Un hombre encerrado en un subterráneo, libre de todo dolor y privación, ¿será dichoso?

Del mismo modo, una mujer no puede decir que ha vivido, que ha sido dichosa, si no ha llegado á ser esposa y madre.

Era preciso que la Pippione llegase tambien á ser esposa, que conociese la deliciosa sensación de ser madre, sensación tan poderosa que ella sola bastaba para hacer olvidar á Elena, con una sonrisa, con una palabra, con un beso, todos sus pasados sufrimientos.

Cuando Blanca llegase á conocer aquel otro afecto, tal

vez amaría menos á Elena; pero ¿qué importa? la humanidad tiene los ojos vueltos hácia el porvenir, nunca hácia atrás.

Esta es la ley de la naturaleza.

Padres celosos, no os atormentéis por eso. Escrito está: «Dejarás á tu padre y á tu madre.» No acuseis por ello de ingratitud á vuestros hijos.

Cuando el pájaro está cubierto de plumas, abandona el nido, pero para ir á formar él mismo otro nido y procrear otros hijuelos, de los que, á su vez, será tambien abandonado.

Elena se hacia todas estas reflexiones con resignación, casi con alegría; porque para las almas verdaderamente grandes, en el sacrificio mismo hallan sus goces.

Con sus dos brazos al rededor del cuello de su madre y tocándose sus mejillas, una y otra se embriagan con el placer de sus mútuas caricias. De sus labios se escapan, de vez en cuando, suaves y ligeros murmullos. ¿Qué se dicen? Mucho y nada.

Así los jóvenes desposados, con sus brazos entrelazados, con sus corazones palpitando, expresan toda una epopeya de amor, de ternura, de abnegación recíproca, con unas simples palabras: «Yo te amo»; se dicen mutuamente. «Yo te amo», vuelven á repetir muchas veces, y en cada una de estas palabras, la inflexión de la voz, el gesto, la sonrisa y los trasportes con que van acompañadas, aumentan el valor y la significación de estas palabras monótonas y siempre repetidas.

— ¿Me amas? ¿es verdad que me amas? preguntaba Elena, por la centésima ó la milésima vez, á su hija.

— ¡Si yo te amo!... ¿puedes dudarlo un momento?

— ¿Me amas mas que á todos y á todo?

Blanca titubeó antes de responder, y el corazón de Elena se sintió oprimido por el silencio de su hija; pero sin embargo, sonriéndose y amenazándola con el dedo, le dijo:

— Ya ves bien que no me quieres, puesto que me ocultas algo.

Blanca miró á su madre cara á cara, con unos ojos claros y puros como su alma, y le dijo:

— Yo no te oculto nada; ¿qué habría yo de tener que ocultarte?

Después añadió con tono pensativo:

— En verdad que estoy pensando, en vano, qué era lo que yo podría tener que ocultarte. Si, creo que te amo mas que todo; á lo menos yo no conozco á ninguna otra persona á quien quiera mas que á tí.

— Hay una persona quizás, dijo Elena, á quien tu amas hoy un poco, y á la que tal vez mañana amarás mas aun.

Blanca bajó los ojos y no respondió.

— Sí, sí, eso es, pensó amargamente Elena; el amor ha nacido.

Y esta idea la hizo estremecerse.

Ha nacido el amor, pero ¿cuándo? ¿por quién?

Hasta entonces la Pippione no había vivido sino en medio de saltimbanquis, de rateros, de tahures, de mujeres perdidas, de asesinos, de los Chinelas, en fin, de los Tommasos y

de las Monnas Feretti. ¿Era á alguna de estas gentes á quien ella habia querido ó queria quizás?

— ¡Oh! la Pippione era divinamente pura para haber podido atravesar, sin contaminarse, aquella sociedad tan infecta, y conservar, sin la más pequeña mancha, la blancura de su alma.

— Pero el corazón tiene exigencias é instintos que no pueden sofocarse; y cuando le llega su hora al amor, es preciso que el amor nazca, aun cuando sea para fijarse sobre un objeto indigno.

— Y si le hubiese sucedido esta desgracia á la Pippione, ¿qué iba á ser de todos los sueños dorados que Elena habia hecho, y de todos los castillos en el aire que habia edificado? Seria preciso, ó renunciar á ellos, ó forzar el corazón de su hija.

— Dolorosa alternativa en que pensaba Elena, no atreviéndose ya á preguntar, no obstante que veia la necesidad de saber.

— A lo menos, dijo no sin cierta conmocion interior, por temor de la respuesta que Blanca le diese; á lo menos, ¿tú no sientes, ni echas de menos tu vida pasada?

— ¿Qué queréis que eche de menos? respondió candorosamente, siempre he estado sufriendo.

— Hay sufrimientos, sin embargo, que nos son queridos. Blanca meneó tristemente la cabeza.

— Podrias echar de menos... qué sé yo, insistió la señora de Monte-Cristo, aquella vida indolente y libre, aquellas mismas miserias, el gran sol, el aire libre... El agabanzo y el rosál silvestre se marchitan cuando se les encierra en los invernáculos, y reciben los cuidados de un jardinero... Y tú también, pobrecita mía, criada al aire libre, tal vez llegaría un día en que echases de menos esa libertad, y te creyeses encerrada en una prision dorada...

— La Pippione cerró la boca de Elena dándole en ella un apretado beso, y diciéndole:

— No digas eso, mala madre, no creas eso.

— Luego, prosiguió Elena insistiendo en su idea; luego, ¿quién sabe? entre tus compañeros podría haberse encontrado alguno menos brutal... mas cariñoso... en este momento, tú no lo echas de menos, porque estás dominada por estas primeras efusiones del cariño... pero tal vez llegue algun día en que lo sientas.

— Esta vez los ojos de la Pippione se abrieron tan desmesuradamente, y expresaron con una mirada de admiracion franca y sencilla, que no comprendia lo que su madre queria decirle, que Elena quedó tranquila.

— Ya veo bien ahora, se dijo interiormente, que este tierno corazoncito es enteramente mio... yo era mala pensando otra cosa... tenia celos...

— La puerta del cuarto se abrió, y la voz de José preguntó:

— ¿Se puede entrar?

— Al oír esta voz, Blanca se estremeció, sus mejillas se colorearon con un encarnado vivo, y por un movimiento convulsivo se estrechó contra su madre.

— Admirada esta, la preguntó con la vista; pero los ojos de la Pippione parecian como que evitaban encontrarse con los de su madre.

— Una idea viva como un relámpago atravesó la imaginacion de Elena, que se preguntó interiormente:

— ¿Será este al que ella ama?

— Y volviéndose hácia la puerta detrás de la cual esperaba M. José el permiso de entrar, le dijo:

— Aguardad un momento, M. José.

— Y dirigiéndose de nuevo á su hija, le dijo:

— ¡Oh! Blanca mia, ten confianza en mí, déjame el cuidado de hacerte dichosa.

— Descúbreme todos tus pensamientos, cuéntame todas tus penas, si es que las tienes; ábreme tu corazón por entero, á fin de que yo pueda leer en él los secretos que tú misma ignoras todavía.

— Una madre lo prevee todo, y yo veo acercarse ya el momento en que tú te me vas á escapar. El día en que tú también llegues á conocerlo, ven á mí ese día sin temor, y confíesame todo como á la mejor de tus amigas.

— ¿Por qué no serias franca? ¿Por qué me tendrías miedo? Tú sabes bien que yo no deseo sino tu felicidad, puesto que tu felicidad es una de las condiciones necesarias para la mia.

— Todas estas frases entrecortadas no eran completamente inteligibles para la Pippione. Ignoraba qué clase de confianza era la que su madre le pedia con tanto ahinco, y por mas que examinaba su conciencia, no encontraba en ella ningun secreto; y esto no obstante, sus mejillas se cubrian de un púdicó sonrosado.

— Ocultó su cabeza en el seno de la condesa, y le dijo:

— Os juro, mamá, que no tengo nada que ocultaros.

— ¿Bien cierto, bien cierto? repitió la condesa con aire de duda.

— Nada absolutamente.

— Y volvió á fijar su mirada serena y tranquila en el rostro de su madre.

— Vamos, se dijo esta interiormente, y ya tranquilizada; sin duda me habré equivocado.

— Y yendo ella misma á abrir la puerta, le dijo á M. José:

— Ya podeis entrar.

— M. José entró: estaba muy sério y casi sombrío.

— Acababa de asistir al duelo del conde de Puysaie con el coronel Fritz.

— Y por poco que fuese el interés que el coronel le inspiraba, el resultado del combate le habia conmovido; pues por mucho que uno desprecie á un hombre, no se le puede ver morir con indiferencia.

— ¿Qué hay? le preguntó Elena.

— Todo está concluido, le respondió él en voz baja. Fritz ha recibido el castigo de sus culpas.

— Bueno, respondió friamente la condesa de Monte-Cristo. ¿Es eso todo lo que tenéis que decirme? pues me dareis ahora mismo algunos detalles sobre el particular.

— También tenia, añadió M. José, que anunciaros una visita, es decir, á la señorita Blanca.

— Y al decir esto se sonrió, y su sonrisa se reflejó en el rostro grave de la condesa, que le dijo:

— En verdad, M. José, que sois un hombre precioso; pen-

sais en todo. Venid pronto, queridita mia; no se pasa un día sin que Blanca deje de preguntar por vos.

— Este llamamiento se dirigia á una persona que no se veia, porque se habia quedado esperando con timidez en el umbral de la puerta.

— La Pippione se enderezó, y tendiendo los brazos, exclamó:

— ¡Ursula! ¡mi querida amiga!

— Ursula se arrojó en ellos, y la pobre convaleciente la colmaba de caricias.

— Gracias, hermano José, no podiais haberme procurado mayor alegría.

— La señora de Monte-Cristo estuvo contemplando con delicias el tierno espectáculo que ofrecian aquellas dos jóvenes abrazadas; pero la presencia de M. José le hizo recordar que no se habia terminado su obra, y que le era preciso abandonar aquel placer.

— Ahora que tienes á tu lado á tu linda y buena enfermera, le dijo á su hija, ya podré ausentarme un momento sin inquietud. Sois antiguas amigas; así, os dejo juntas: solo os encargo, Ursula, que no la hagais hablar mucho.

— No tengais cuidado, señora; podeis iros tranquila.

— Venid, José; dadme algunos detalles de lo ocurrido en ese duelo.

— Ambos á dos se salieron del cuarto, dejando reunidas á las dos amigas.

— ¡Ah! ahora que os tengo á mi lado, Ursula, soy completamente dichosa, dijo Blanca.

— Se quedó pensativa un momento, y añadió:

— ¿Era eso lo que me faltaba? ¡Oh! sí, eso debia de ser, sin duda, porque yo no soy una ingrata; amo á madama Lamouroux, mi madre, con toda la fuerza de mi alma, y sin embargo, Ursula, me parecia que tenia siempre en el corazón un gran vacío, y se me figuraba que en ciertos momentos yo no correspondia con bastante efusion á las caricias de mi madre: yo me reconvenia á mí misma y me enfadaba conmigo por eso, pero inútilmente. Siempre echaba alguna cosa de menos. ¿No es eso cosa singular, Ursula?

— Ursula se sonrió con aquella sonrisa propia de las jóvenes que empiezan á saber algo, y se dijo para sus adentros:

— A mí también me habria admirado eso hace algunos meses; pero ahora ya comprendo: es el amor lo que le falta.

— Y al mismo tiempo pensaba en Luis Jacquemin.

— Pero ahora, continuó diciendo Blanca, estoy enteramente contenta, y ¿cómo no podria estarlo, teniendo á mi lado á todos aquellos que yo amo: á mi madre, al doctor Ozam, á vos, Ursula, y á... M. José?

— El cortó instante de vacilacion y el tono con que pronunció el nombre de José, bastaron para hacer conocer á Ursula lo que la condesa de Monte-Cristo no habia podido descubrir. Conocia el secreto de Blanca, secreto que ella misma no sabia.

— La pobre niña amaba á José, ó estaba á punto de amarlo.

— Ursula se fijó en esta segunda suposicion.

— A la edad en que el corazón, predispuerto y atormentado

por la necesidad de amar, se abre por la primera vez, un encuentro, una casualidad, un nada insignificante basta para fijar ó cambiar su eleccion, porque el amor es una necesidad instintiva mas bien que reflexiva.

— Tan joven como era la Pippione, no debia experimentar por José una pasion seria; pero si se dejaba echar raices y desarrollarse esta pasion, entonces ¿qué de penas y de combates para todos, y particularmente para la misma Pippione, no habria que sufrir?

— Ursula, que era la confidente de Cipriana y de José, y sabia el mútuo amor que se tenian, consideraba casi como un deber participárselo á Blanca con el fin de quitarle desde luego una esperanza que no debia sino convertirse mas tarde en un desengaño mortal.

— Todas estas reflexiones que ella se hizo rápidamente en su imaginacion, la decidieron á responder á la exclamacion de Blanca, diciéndole:

— Será menester familiarizaros con la idea de su ausencia. Vuestra madre, seguramente esa no os abandonará nunca. M. Ozam vendrá cuantas veces lo necesiteis, y ya veis como yo me he apresurado á responder á vuestro primer llamamiento; estoy segura que M. José no vacilaria tampoco ni un instante en dejarlo todo si se tratase de haceros algun servicio ó de procuraros algun placer; pero eso no podrá ser siempre.

— Ahora ya sois grande, y estais enteramente buena; será necesario que nos ocupemos de otras personas que necesiten nuestros cuidados mas que vos. Ademas que cada uno tiene sus obligaciones que cumplir, y no debe faltar á ellas.

— Es menester que no os hagais ilusiones, ni soñeis con cosas imposibles, porque si las deja uno apoderarse de su corazón, cuando llega el día del desengaño y se ve desvanecida la ilusion, se sufre cruelmente; y mas vale no dejar nacer la esperanza, ni tomar lo que solo es un sueño, por la realidad.

— Mientras que Ursula hablaba, Blanca la miraba y escuchaba con aire pensativo.

— Lo que me estais diciendo, Ursula, es bien cruel, le respondió; pero ya sé que vuestra intencion es buena, y os lo agradezco. Es por M. José que me decís todo eso, ¿no es verdad?

— Ursula la respondió solamente haciendo con la cabeza una señal afirmativa, y la Pippione se pasó la mano por la frente y por los ojos; despues la dijo:

— Me parece que vuestra voz me ha despertado, y que ahora veo claramente lo que pasa en mí. ¡Oh! teneis razon, yo estaba loca. ¡Cuántas gracias os doy por vuestra franqueza!... ¿Entonces, M. José?...

— Ama á una joven pura y hermosa como los ángeles. ¿Queréis venir á poneros en medio de este amor? Yo he adivinado que teniais cierta preferencia por M. José, y he creído de mí deber el deciroslo.

— Lo conoceis tan poco todavía, que el sacrificio no puede ser muy grande, y lo que hoy es fácil, tal vez no lo seria tanto mañana.

— ¡Hoy fácil! dijo Blanca con una sonrisa de mártir: te-

neis razon, Ursula; en efecto, el sacrificio es hoy fácil. Vuestro consejo es bueno, y yo lo seguiré.

José había acabado de dar á la condesa de Monte-Cristo los detalles del duelo que nuestros lectores conocen ya, entre el conde de Puysaie y el coronel Fritz.

Como ella era el alma y centro de toda aquella grande intriga, necesitaba saber todo en sus menores detalles, porque del mas pequeño descuido podia resultar la ruina y frustracion de sus proyectos.

Luego que concluyó José su relacion, le rogó que fuese á buscar á Ursula, para que esta, á su vez, le diese cuenta de lo que ocurría en el Campo de los Rosales, y durante este tiempo, José reemplazaria á Ursula al lado de Blanca.

Los dos habian quedado solos en el cuarto, y Blanca, turbada todavia por lo que Ursula acababa de decirle, no decia una palabra, y José, por su parte, guardaba tambien silencio.

Hacia algunos dias que Blanca habia cambiado de maneras para con él, y se sentia casi embarazado en su presencia.

Aquel cambio, insensible en un principio, se habia hecho mas notable desde el dia que ella habia entrado en convalecencia.

Hasta entonces se habia mostrado con él, franca, resuelta como uno lo es con su padre, con su hermano ó con su amigo; pero ahora, cada vez que le hablaba, bajaba los ojos, y cuando era él quien lo hacia, ella balbuceaba algunos inarticulados sonidos.

Su antigua osadía, hija de su sencillez é inocencia, se habia trasformado, de un dia á otro, en una timidez brusca. ¿Qué significaba aquel cambio repentino?

José no trataba de averiguarlo; pero á pesar de todo, la turbacion de la jóven reflua sobre él, que se hallaba tan embarazado en su presencia, como ella conmovida, y por eso se callaban uno y otro.

La primera en romper el silencio fué Blanca. Ursula le habia dicho ó demasiado, ó muy poco, y quiso ella misma saber á qué atenerse, por boca misma de José.

— ¿Qué teneis? le preguntó; parece que hoy estais triste.

— Cuando se está empeñado como yo, y como vuestra madre, en una lucha de vida ó muerte, tiene uno dias en que duda.

— Y ¿hoy estais en uno de esos dias?

Sin responder directamente á esta pregunta, José continuó:

— Hay dias en que se siente uno cansado de verse solo, y se busca á su alrededor un alma hermana con la que pueda uno confundir la suya; un amigo que le comprenda y le consuele á uno en su tristeza.

— ¿No me teneis á mí? dijo Blanca con una encantadora sonrisa, ¿no soy yo vuestra hermana? Vos desconfiais de mí, hermano José, ¿creéis que yo no tomara una parte bien grande en todo cuanto interese á vuestra dicha?

José tomó con efusion la mano delicada que le tendia Blanca.

Todos los enamorados son lo mismo, es decir, bachilleres.

Para ellos, el hablar del objeto de su amor, es acercarse á él en cierto modo.

Desde que madama Rozel y Ursula estaban en el Campo de los Rosales, José no tenia ya á quien hacer confiancias, porque Elena le imponia demasiado respeto para atreverse á hablar con ella de semejante asunto.

De modo que no habia tenido ocasion, sino muy rara vez, de hablar de su querida Cipriana; así fué que recibió con verdadera gratitud la ocasion que Blanca le ofrecia.

— Si, hermana mia, sí, mi querida hermanita, vos sereis esta amiga á quien yo vendré á contar mis penas y mis alegrías, y cierto, yo no podria elegir un consolador ni un confidente mas encantador, ni mas querido.

Expresándose así, habia llevado la mano de Blanca á sus labios, lo cual hacia estremecerse de placer á la jóven.

— Vamos, le dijo, pues espero entonces el principio de esa terrible confesion.

— Amo, respondió simplemente José.

Blanca se estremeció. Iba á saber la verdad.

— Y ¿sois correspondido?

— Lo creo así, contestó José sin jactancia y sencillamente.

— Entonces, dijo la jóven, que se esforzaba por sonreír, yo no veo por qué seais tan desgraciado.

— El mas desgraciado, el mas atormentado de los hombres...

Y tomando su relacion desde el principio, contó todo á Blanca: el modo brillante con que Cipriana se le habia aparecido por la primera vez en casa de la condesa de Monte-Cristo, adornada con todos los encantos de su hermosura virginal; la entrevista en el invernáculo, y en fin, aquel dia tan triste en que él habia presenciado detrás de una columna de la iglesia, el casamiento de Cipriana con el baron Matifay.

Blanca escuchaba aquella relacion, toda azorada, pálida, casi moribunda, y á medida que José expresaba con mayor vehemencia su pasion por la señorita de Puysaie, la pobre jóven se sentia con el corazon desgarrado y hacia esfuerzos sobrehumanos para no desfallecer.

Sin embargo, escuchaba y hallaba la fuerza de responder y hasta de sonreír.

Pero ahora se desgarraba el velo ante sus ojos, sentia, pensaba, veia claro, y le quedaban explicados todos los estremecimientos de su alma, las palpitaciones de su corazon, el súbito sonrosado de sus mejillas.

Ursula tenia razon: amaba á M. José.

Y la prueba de que le amaba, la encontraba confirmada á cada paso en las diferentes fases de la relacion que M. José le habia hecho de su amor; puesto que todas las emociones que este le decia que habia experimentado, tales como sus celos, sus alegrías, su desesperacion, ella misma las habia sentido por José.

Pero en aquel cuerpecito frágil y delicado habia encerrado un valor de heroina. Estaba acostumbrada hacia mucho tiempo á sufrir y á ocultar sus dolores.

En aquel momento, de seguro, si se le hubiese dado á escoger, habria preferido los golpes é insultos de la Monna y

las bestialidades de Chinela, el frio, el hambre y el insomnio que habia sufrido, á las sensaciones y tormentos que le desgarraban el corazon mientras estaba escuchando las confiancias de José.

Sin embargo, tuvo la fuerza de aparentar tranquilidad y aun de forzar á sonreírse á sus labios. Hizo mas, tuvo valor para manifestarse compadecida de José y para pronunciar la palabra *esperanza*; esperanza que si llegaba á realizarse, le quitaba á ella todas las que hubiese podido concebir, y habló sin turbarse de los proyectos del porvenir y de aquel dia en que, siendo José el marido de Cipriana, la conduciria al hogar doméstico comun á ambos.

— Yo no soy, añadió, sino una pobre enferma, y nunca llegaré á conocer una dicha semejante. Seré solo vuestra hermana de ambos: á vuestra Cipriana las fiestas y los goces; yo me quedaré al lado del fuego meciendo los niños y les cantaré, para dormirlos, las lindas canciones italianas que yo sé.

El amor es el mas generoso de todos los egoismos, pero al fin y al cabo es un egoismo, así fué que José no adivinó la causa verdadera de la tristeza con que iban revestidas las palabras de Blanca, ni menos todo el mal que le habian causado aquellas confiancias; y las lágrimas que asomaron á los ojos de la jóven las atribuyó á un sentimiento de ternura y simpatía; de modo que no se cansaba de hablar de Cipriana y volvía á empezar de nuevo y repetir la historia de sus amores, que la pobre Blanca escuchaba inmóvil y resignada como un mártir.

— ¡Ah! ¡cómo la ama! se decia en su interior.

José iba á continuar, pero se detuvo de repente.

Elena se precipitó sobre él de un salto, y con una voz sorda, mas desgarradora mil veces que un grito, le dijo acercándosele al oido:

— ¡Callate, desgraciado!... ¿no ves que la estás matando?... ¡Ella te ama!

XLV

COMO VUELAN LOS ÁNGELES.

¡Ella te ama! Estas palabras, pronunciadas en voz baja al oido del jóven, comprimieron su corazon y lo llenaron de una angustia profunda.

Blanca le amaba apasionadamente, y él no podia corresponder á aquel amor, puesto que amaba á Cipriana.

Aun cuando la condesa de Monte-Cristo tuviese la muerte en el alma, hizo esfuerzos para sonreírse, y vino á sentarse á la cabecera de la cama de su hija como para protegerla contra aquel enemigo invisible: el amor sin esperanza.

— ¿Estabais conversando? preguntó en un tono que afectó festivo.

— Sí, respondió Blanca en el mismo tono; mi hermano José me contaba sus penas, y yo le decia que tuviese esperanza.

Es menester siempre esperar, añadió con una mirada angélica, aun cuando se sienta una morir.

— ¡Morir! replicó Elena, tratando en vano de ocultar la emocion que sentia su alma, ¡palabra horrible! no es en morir en lo que debe pensarse, sino en vivir.

Blanca se extendió sobre la cama, y con un abandono que indicaba todo su desaliento, contestó:

— ¡Ah! mamá, yo me siento bien fatigada, y cuando uno se ha muerto, quizás es como cuando uno está durmiendo.

— ¿Quieres dejar á un lado esas ideas locas? exclamó la condesa de Monte-Cristo con grande animacion. No es menester morir, ¿lo entiendes bien? ¡Morir! vaya una idea, y ¡qué idea! morir precisamente cuando acabo de hallarte, y cuando vamos á ser todos dichosos.

Y volviéndose hácia José con el pecho agitado y el ojo inflamado, le dijo:

— ¿Lo oís, José? ¿Oís á esta loca y mala hija que habla de morir?

Y en voz mas baja le dijo:

— ¿Es que dejareis morir á mi hija?

Él estaba lívido, y no se atrevia á levantar la vista.

Estaba sufriendo en su interior un terrible combate.

Se trataba ó de perder para siempre á Cipriana, ó de dejar morir á la única hija de la santa por quien él se habia sacrificado toda su vida.

— Mi existencia es vuestra, Elena, disponed de ella como gustéis.

La condesa de Monte-Cristo se levantó entusiasmada, y cogiendo la mano á M. José, le dijo:

— En su nombre como en el mio, acepto ese sacrificio. ¡Ah! José, sois el mas noble y el mas generoso de los hombres, ¡tú eres mi hijo querido!

Elena abrió los brazos y él se dejó caer en ellos, diciendo:

— Mi corazon ha muerto. Ya no espero felicidad en este mundo. Esta felicidad era obra vuestra: vos me la habeis dado, y vos me la volveis á tomar. ¡Cúmplase vuestra voluntad!

Elena y José se hablaban en voz baja, y Blanca examinaba atentamente aquella escena muda, pero no incomprendible para ella.

Adivinaba que en aquel momento M. José le hacia un nuevo sacrificio, el sacrificio mayor de que fuese capaz un alma grande.

Pero tambien ella tomaba una resolucion inquebrantable, la de ocultar su amor, la de negarlo, si fuese necesario. No queria, á ningun precio, aceptar aquel corazon generoso que, para tenerlo, era necesario robárselo á otra.

Así, cuando M. José se marchó y Elena volvió á su lado con un rayo de esperanza en los ojos, para arrancarle la casta confidencia de su amor, Blanca fué la primera que entabló la conversacion.